

Marta Traba, novelista

Si *Conversación al Sur* publicada en 1981 por Siglo XXI es la novela de la represión y la tortura, *En cualquier lugar*, terminada de escribir en Washington en abril de 1982, es la novela del exilio. Díptico que aborda los temas centrales de la década 1970-1980 en una América Latina poblada de regímenes militares, en estas dos novelas Marta Traba, nacida en Buenos Aires, Argentina, en 1928¹, pero residente en Colombia durante diecisiete años, esclarece a través de su nítida composición las distorsiones acumuladas en torno a estos dos temas, tan dolorosos como conflictivos. Unas pocas palabras entonces, primero, sobre *Conversación al Sur* de la cual *En cualquier lugar* es, de algún modo, complemento independiente.

Conversación al Sur se nos presenta como una reflexión en torno al fenómeno de la censura. De la represión, en todos los órdenes, promovida por las dictaduras castrenses en el Cono Sur, vista en este caso concreto a través de sus efectos coercitivos en una voz humana. Una muchacha, Dolores, a la cual los torturadores en el Uruguay han llevado a abortar pateándola recupera su voz —y su pasado— conversando en una larga tarde con Irene, una actriz de teatro de cuarenta años que teme por el destino de su hijo en ese entonces, en Santiago, en los días que suceden a la caída de Allende en Chile. Este diálogo, al principio lleno de malentendidos, y abarcando un triángulo geográfico que comprende Montevideo, Buenos Aires y Santiago, es el que estructura las dos partes en que está dividida la novela. Un estremecido ir y venir de horror y angustia, mediante el cual se reconstruyen los itinerarios físicos y los lazos afectivos que unen ahora a estas dos mujeres.

Son ellas una muchacha miembro de un grupo subversivo, a la cual la libertad desorbitó, volviéndola provocadora y desafiante, y para la cual la derrota es ya la única forma de vida. Acorralada en su mudez animal, sólo se reconoce en la categoría de perdedora. Y una mujer madura, acostumbrada a seducir, más emotiva y burguesa que la otra, si todavía son lícitas tales denominaciones, pero consciente de que cualquier cosa es mejor que permanecer anclada en el limbo, y quien se enfrenta ahora

¹ Aun cuando Marta Traba comenzó publicando un libro de poemas, *Historia natural de la alegría* (1953), su labor como escritora se centró en dos áreas muy nítidas: la crítica de arte y la novelística. En la primera, se destacan *El museo vacío*, 1957; *La pintura en Colombia*, 1960; *La pintura nueva en Latinoamérica*, 1961; *Seis artistas contemporáneos*, 1963; *Los cuatro monstruos cardinales*; *Dos décadas vulnerables en las artes plásticas latinoamericanas, 1950-1970*, Siglo XXI, 1973; *Historia abierta del arte colombiano*, 1974, y *Arte latinoamericano: una guía*, manuscrito inédito que editará la Unión Panamericana en Washington. Redactó, además, varias monografías sobre artistas individuales —Beatriz González, Juan Antonio Roda, Feliza Bursztyn, Alejandro Obregón— y recopiló, en dos volúmenes, *Mirar en Caracas*, y *Mirar en Bogotá*, sus crónicas, reseñas de exposiciones y polémicas en estas dos ciudades. El Museo de Arte Moderno de Bogotá, que ella fundó y dirigió, en sus comienzos, prepara un volumen donde se recopilarán multitud de textos dispersos suyos. Para dicho volumen he escrito otro texto, «Marta Traba», que complementa éste, centrado sólo en sus dos últimas novelas, y desde otra perspectiva. La primera novela de Marta Traba, *Las ceremonias del verano*, apareció en 1966. A ella le siguieron *Los laberintos insolados*, *La jugada del sexto día*, y *Homérica Latina*, más un volumen de cuentos titulado *Paso así*. Marta Traba murió el 27 de noviembre de 1983, en compañía de su esposo, Angel Rama, en un accidente de aviación en Madrid, España.

a la encrucijada que le plantea su interlocutora. «Daba igual moverse que estarse quieto, vivo que estar muerto.»

Ante tal situación límite, su optimismo resulta escandaloso. Sobra advertir, además, que dicho optimismo se halla cuarteado por el miedo. No sólo la falta de noticias acerca de su hijo, sino también el recuerdo de ese rito circular que todas las semanas reiteran las madres de la Plaza de Mayo desfilando frente a la Casa Rosada para reclamar a sus esposos, hijos y nietos desaparecidos. Protesta que ella compartió y que ahora revive con espanto.

«A este límite hemos llegado, entonces, a pasar meses y años reclamando cuerpos como quien reclama maletas perdidas.»

«¿Qué se hace con los verdugos cuando se ha terminado con las víctimas?», se pregunta una de ellas y la respuesta es atroz: como una máquina que no puede desconectarse, ellos seguirán funcionando. Es aquí cuando el trazo parco y a la vez sugerente de la novela, su pudorosa economía verbal, se ve enfrentado a su mayor dificultad. ¿Cómo decir lo impensable? ¿Cómo volver físico —lenguaje, sonido, palabra— lo que el propio cuerpo rechaza en forma visceral? «Si imaginas de todo, lo peor, lo inverosímil, lo aberrante, te vas entrenando para la realidad. Creo que las cosas son soportables solamente si has sido capaz de imaginar algo peor.» ¿Pero se puede imaginar algo peor? ¿El sadismo no termina siendo algo monótono? ¿La crueldad no se congela en su reiteración helada? ¿El poder, o el mal, si se quiere, no terminan acaso por petrificarse, banalizados dentro de una uniformidad burocrática?

Asumiendo esta serie de desastres como el único espacio que le es propio —el espacio de unas vidas truncadas por una decisión que, si bien ha sido impuesta desde fuera de ellas también, por exceso o negligencia, contribuyeron a precipitar— sólo les queda aferrarse a esos simples gestos de sobrevivencia: hablar, conversar. En medio de tal desaliento, ellos logran proporcionarles un alivio momentáneo. En ese instante los golpes en la puerta anuncian, una vez más, la llegada de los cuerpos para-policiales encargados de la represión.

Un libro de esta índole, a la vez tan escueto y vehemente, hecho con tanta delicadeza y tanta rabia, no nos permite olvidar una tragedia de dimensiones tan amplias ² erosionada, de una parte, por el olvido y la indiferencia, el olvido que quizás

² Gabriel García Márquez, en su discurso titulado «La soledad de América Latina», pronunciado en la Academia Sueca al recibir el Premio Nobel, 1982, dijo: «Los desaparecidos por motivo de la represión son casi 120.000, que es como si hoy no se supiera dónde están todos los habitantes de la ciudad de Upsala. Numerosas mujeres arrestadas dieron a luz en cárceles argentinas, pero aún se ignora el paradero y la identidad de sus hijos, que fueron dados en adopción clandestina o internados en orfanatos por las autoridades militares», agregando: «De Chile, país de tradiciones hospitalarias, han huido un millón de personas, el 10 por 100 de su población. El Uruguay, una nación minúscula de dos millones y medio de habitantes, que se consideraba como el país más civilizado del continente, ha perdido en el destierro a uno de cada cinco ciudadanos.» Concluía: «El país que se pudiera hacer con todos los exiliados y emigrados forzosos de América Latina tendría una población más numerosa que la de Noruega.»

Un informe, «Los desaparecidos en Latinoamérica», aparecido en el quincenario *Nuevo País*, junio 1984, año 2, núm. 46, Buenos Aires, da la cifra de 74.342 personas para Centro y Sur América. Para Argentina, en el período 1975-1983: 30.000. La comisión para el estudio de los desaparecidos, creada en la Argentina luego de su retorno a la democracia, en octubre de 1983, y presidida por el escritor Ernesto Sabato, ha

en algunos casos fue necesario para continuar, y por otra publicitada en ese show reivindicatorio y sensacionalista con el cual se pretende ahora, en vano, exorcizarla.

La catarsis de la tragedia se vive en público; en el discreto silencio —memoria y reconocimiento— que novelas como ésta vuelven compartible, en la medida misma en que la tortura no es más que el horror que hemos afrontado inermes, apenas con nuestro cuerpo, en medio de la más pavorosa soledad. Ante ella las causas ideológicas se vuelven remotas, o por lo menos obscenas en su retórica. Todo puede explicarse, parece decirnos esta novela en su complejo y, sin embargo, lineal intento de recuperar un lenguaje que ha sido castrado, pero en definitiva toda explicación sería injusta, por parcial. Su valiente honradez, sin embargo, consiste en comenzar a hablar a partir de la nada a la cual todo ha quedado reducido.

Julio Ortega insinuando lo que sería la literatura latinoamericana en la década del 80, señaló varios puntos que permiten situar mejor este aporte de Marta Traba. Dice Ortega: «En un mundo dominado por la burocracia y la represión de todo signo, esta escritura que desde el desgarramiento de la derrota rehace el habla del sentido, se propone una empresa más radical: el nuevo discurso de una sensibilidad política crítica y de una imaginación recusadora de todo sistema represor.

El desamparo, el malestar, la agonía, la zozobra, subraya su trabajo; pero, al mismo tiempo, la plenitud de los sentidos, la lucidez, el habla popular festiva, el humor carnavalesco, se inscriben con su energía en ese lugar del drama. Así retornan las palabras elementales, el cuerpo como centro, el amor como reafirmación, la muerte como ámbito; y el texto como primer espacio liberado para la comunicación genuina. De ese modo, este discurso busca restituir la dimensión plena de los hablantes en el diálogo. En la década que ahora empieza, las articulaciones de ese diálogo decidirán el rol del texto y su lectura, la dimensión de su nuevo sentido.»

En cualquier lugar

«El exilio revolvió todas las cosas y las desquició brutalmente; pero también las puso en claro.»

En esta novela que ahora se edita y sobre la cual Marta Traba, de seguro, cada vez más exigente con su trabajo de ficción, hubiera vuelto una y otra vez³ se centra sobre un grupo de exiliados latinoamericanos en Europa, en los cuales es visible la persistencia de viejos conflictos, pero son perceptibles también, de modo mucho más notorio, las transformaciones que irán experimentando, debido quizás a que son ellos, en su gran mayoría, gente joven, entre veinte y treinta años. Son ellos, como en la novela anterior, los que hacen dudar a los viejos, o los congelan para siempre. Son ellos también los que reciben el influjo, letal o benéfico, de esas gentes con «experiencia».

comprobado ya entre 5.000 y 9.000 muertos, según el articulista de *L'Express*, Alain Besançon. Ver su artículo «La Argentina», aparecido en *La Nación*, domingo 1 de julio de 1984, pág. 11.

³ En la última carta que recibí de MARTA TRABA, fechada en Washington en 1982, me decía, refiriéndose a *En cualquier lugar*: «Terminé la novela y la arrinconé cuidadosamente para que añeje a ver si acepta una lectura menos emotiva».